

WALTHER. Así es, monseñor; mi padre atraviesa una manzana á distancia de cien pasos.

GESSLER. ¿Es ese hijo tuyo, Tell?

TELL. Sí, monseñor.

GESSLER. ¿Tienes muchos hijos?

TELL. Dos, monseñor.

GESSLER. ¿Y á cuál quieres mas?

TELL. Monseñor, á los dos quiero igualmente.

GESSLER. Pues bien, Tell, una vez que atraviesas una manzana á cien pasos, es preciso que hagas en mi presencia la prueba de tu destreza. Toma tu ballesta, que veo tienes á la mano, y disponte á atravesar una manzana colocada sobre la cabeza de tu hijo. Pero te aconsejo que apuntes bien y la atravieses al primer golpe, porque si no lo haces te costará la cabeza.

TELL. Monseñor, ¡qué horrible cosa me mandais! Pues qué, ¿habría yo de tirar sobre la cabeza de mi hijo?... ¡Oh, no, mi buen señor, imposible es que os haya ocurrido seriamente esa idea! en nombre del Dios de misericordia, no podeis exigir semejante crueldad de un padre.

GESSLER. Dispararás á una manzana colocada sobre la cabeza de tu hijo.... Lo quiero y lo mando.

TELL. ¿Yo apuntar con mi ballesta á la cabeza de mi hijo?... ¡Antes la muerte!

GESSLER. Lo harás ó morirás con tu hijo.

TELL. ¿Yo el asesino de mi hijo? ¡Ah, monseñor, vos no tenéis hijos y no sabeis lo que pasa en el corazón de un padre!

GESSLER. Muy prudente te has vuelto en un momento, Tell. Dicen que eres meditabundo, que tus hábitos son diferentes de los de los demás, y que te gusta lo extraordinario: por eso te he propuesto un acto de arrojo. Otro cualquiera titubearía, pero tú tomarás tu partido á ojos cerrados.

BERTHA. Monseñor, no os burleis mas de esa pobre gente. Ya los tenéis pálidos y trémulos á vuestra presencia, porque no están acostumbrados á tomar vuestras palabras como chanza.

GESSLER. ¿Y quién os ha dicho que me chanco? *Se acerca á un árbol y coge una manzana.* Aquí está la manzana. Haced sitio, y que tome la distancia según costumbre. Le doy ochenta pasos, ni mas ni menos. Una vez que se gloria de acertar á un hombre á cien pasos, que tire y no yerre el golpe.

RODOLFO. ¡Dios mio, pues habla formalmente! Muchacho, prostérnate á sus pies y pide gracia de tu vida al gobernador.

WALTER FURST *(á Melchtal, que apenas puede contener su impaciencia).* Reprimete, por favor; ten serenidad.

BERTHA *(al gobernador).* Señor, ya basta: es una inhumanidad burlarse así de la agonía de un padre. Aun cuando el pobre hombre hubiese merecido la muerte por su ligera falta,

¿no ha sufrido ya diez muertes? Dejadle volver á su cabaña: ya ha aprendido á conocerlos, y él y sus hijos se acordarán de esta hora.

GESSLER. Vamos, haced sitio, ¿qué te detiene? Tú has merecido la muerte y podría hacértela sufrir; pero mi clemencia ha preferido poner tu suerte en tus hábiles manos. Aquel á quien se le hace dueño de su destino no puede quejarse del rigor de su sentencia. Tú te glorias de la seguridad de tu puntería, pues bien, cazador, este es el momento de mostrar tu destreza. El blanco es digno de ti y el premio considerable. Tocar á un blanco ordinario es cosa que puede hacer cualquiera; pero el verdadero tirador es el que siempre está seguro de su arte y cuyo corazón no turba la mara ni la vista.

WALTER FURST *(arrodillándose delante de Gessler).* Monseñor, conocemos vuestro poder, pero preferid la clemencia á la justicia. Tomad la mitad de mis bienes, tomadlo todo; pero evitad á un padre un horror semejante.

WALTER. Abuelo no te arrodilles ante semejante malvado. Di dónde me tengo que colocar, pues no tengo miedo por mí: mi padre acierta á los pájaros al vuelo y no herirá el corazón de su hijo.

STAUFFACHER. Monseñor, ¿no os conmueve la inocencia de este niño?

EL CURA. Reflexionad que hay un Dios en el cielo á quien habreis de dar cuenta de vuestras acciones.

GESSLER *(señalando al niño).* Que lo aten á ese tilo.

WALTHER. ¿Atarme? No quiero que me aten: estaré quieto como un cordero y hasta contendré la respiración. Pero si me atan, no lo podré aguantar y trataré de quitarme las ligaduras.

RODOLFO. No haremos mas que vendarte los ojos, hijo mio.

WALTHER. ¿Y para qué? ¿Creeis que puedo temer á una flecha disparada por mi padre? Quiero esperarla con firmeza y sin pestañear. Vamos, padre mio, muéstrale que eres un buen cazador. El no lo cree y piensa perdernos de ese modo, pero á despecho de su crueldad, tira á la manzana y tócala. *(Se coloca bajo del tilo y pone la manzana sobre su cabeza).*

MELCHTAL *(á sus compañeros).* ¿Y hemos de dejar que se consuma ese crimen á nuestra vista? ¿Para qué hemos hecho juramento?

STAUFFACHER. Sería todo inútil; no tenemos armas, y ademá mira ese bosque de lanzas que nos rodea.

MELCHTAL. ¡Ojalá hubiéramos llevado á cabo nuestra empresa inmediatamente! ¡Dios perdóne á los que aconsejaron que fuese aplazada!

GESSLER *(á Tell).* Ea, pronto. No se llevan armas impunemente. Espelgroso caminar con un instrumento de muerte, y la flecha se vuelve contra el que la dispara. Este derecho que se arrogan los aldeanos, ofende al señor de la

comarca. Nadie debe llevar armas á escepcion del que manda, y una vez que te complaces en llevar arco y flechas, yo te designaré el blanco.

TELL *(tendiendo su ballesta y colocando una flecha).* Apartaos: ¡sitio!

STAUFFACHER. Pero, Tell, ¿será posible?... Veo que te estremeces, que te tiembla la mano y que te flaquean las rodillas.

TELL *deja caer la ballesta.* Veo los objetos como si diesen vuelta alrededor mio.

LAS MUGERES. ¡Dios de bondad!

TELL *(al gobernador).* Libradme de esta angustia. Tomad mi corazón, y decid á vuestros soldados que me maten. *(Presenta su pecho.)*

GESSLER. No quiero tu vida, sino que dispares. Todo lo puedes, Tell, y nada te asusta: manejas el remo como la ballesta, y no te intimida la tempestad si tienes que salvar á alguien: pues bien, libertador, sálvate á ti mismo, como salvas á los demás. *(Tell siente una agitacion profunda y le tiemblan las manos. Unas veces vuelve sus ojos al gobernador, y otras al cielo. De repente toma de su carcaj una segunda flecha, y se la guarda en el pecho. El gobernador observa todos sus movimientos.)*

WALTHER *(debajo del tilo).* Dispara, padre mio, que no tengo miedo.

TELL. Es preciso. *(Reune sus fuerzas y se prepara á tirar.)*

RUDENS, *que hasta entonces se habia estado violentado, se acerca.* Señor gobernador, espero que no lleveis la cosa mas lejos. Eso ha sido una prueba, y ya habeis conseguido vuestro objeto. Cuando el rigor es excesivo, deja de ser conforme con la prudencia, y la cuerda que se estira demasiado, se rompe.

GESSLER. Callad hasta que os pregunten.

RUDENS. Hablaré porque debo hacerlo, y el honor del emperador es para mí sagrado. Semejante conducta atracia el odio universal, y me atrevo á afirmar que no es esa la voluntad del emperador. Mis conciudadanos no merecen semejante crueldad, y vuestro poder no se estiende á tanto.

GESSLER. ¿Qué es eso? ¿Os atreveis?...

RUDENS. He guardado silencio por largo tiempo, no obstante las malas acciones que he presenciado: he contenido dentro del pecho la indignación que me sublevaba el corazón; pero callar por mas tiempo sería hacer traición á mi patria y á mi honra.

BERTHA *(arrojándose entre él y el gobernador).* ¡Dios mio! Ved que irritas mas á ese furioso.

RUDENS. He abandonado á mis conciudadanos, he renunciado á mi familia, y he roto todos los vínculos de la naturaleza por seguirlos, creyendo obrar con acierto al robustecer aquí el poder del emperador. La venda cae de mis ojos, y me veo con espanto arrastrado á un abismo. Habeis estraviado mi lealtad im-

previsora, y engañado mi corazón lleno de confianza. Con la voluntad mejor del mundo perdía á mis compatriotas.

GESSLER. ¡Temerario! ¿Osas hablar así á tu señor?

RUDENS. Mi señor es el emperador, y no vos. He nacido libre como vos, soy vuestro igual en todo, y si no estuviérais aquí, en nombre del emperador á quien venero, aun cuando de esa manera abusais de vuestro poder, arrojaría mi guante á vuestra presencia, y con arreglo á la ley de caballeros me daríais una satisfacción. ¡Oh! Haced seña á vuestros soldados, que yo no estoy sin armas como el pueblo: tengo una espada, y el que se me acerque...

STAUFFACHER, *gritando.* ¡Ha caído la manzana! *(Mientras que todos fijaban su atención en el gobernador y Rudens, dispara Tell su flecha.)*

EL CURA. ¡El niño vive! MUCHAS VOGES. ¡Dejó caer la manzana! *(Walter Furst siente desvanecerse, y Bertha le sostiene.)*

GESSLER, *admirado.* ¡Ha disparado este demonio!

BERTHA. El niño vive: volved en vos, buen padre.

WALTER, *acudiendo presuroso con la manzana en la mano.* Padre mio, aquí está la manzana: bien sabia yo que no harías mal á tu hijo. *(Tell despues de disparar permanece con el cuerpo inclinado como si quisiera seguir la flecha. Deja caer la ballesta, y cuando ve volver á su hijo, se adelanta hácia él con los brazos abiertos y le estrecha contra su corazón. Entonces le abandonan las fuerzas y siente desvanecerse. Todos le contemplan con emoción.)*

BERTHA. ¡Bondad divina!

WALTER FURST. ¡Hijos míos! ¡Hijos míos!

STAUFFACHER. ¡Bendito sea el Señor!

LEUTHOLD. Ha sido un disparo memorable, del que se hablará en los tiempos mas remotos.

RODOLFO. Se hablará del arquero Tell, en tanto que las montañas permanezcan sobre su base.

GESSLER. La manzana está atravesada por su mitad. Ha sido un golpe maestro, es preciso hacerle justicia.

EL CURA. ¡El golpe ha sido feliz, pero desgraciado del que le obligó á tentar á la Providencia!

STAUFFACHER. Serénate, Tell; te has portado con valor, y puedes volver libre á tu casa.

EL CURA. Máchate y devuelve ese hijo á su madre. *(Tratan de llevarse á Tell.)*

GESSLER. Tell, escucha.

TELL, *(volviéndose).* ¿Qué mandais, señor?

GESSLER. He visto que ocultaste en tu pecho una segunda flecha. ¿Qué querías hacer con ella?

TELL (*cortado*). Señor, es la costumbre de los cazadores.

GESSLER. No, Tell, no acepto tu respuesta: alguna otra idea tenías. Dime la verdad, libre y francamente. Cualquiera que sea te prometo dejarte la vida. ¿A qué destinabas tu segunda flecha?

TELL. Una vez, señor, que me asegurais vida, os diré toda la verdad. (*Saca la flecha del pecho y la enseña al gobernador con una mirada terrible*). Si hubiese herido á mi querido hijo, os hubiera atravesado con esta segunda flecha, y de seguro no habría errado este golpe.

GESSLER. Bien, Tell: te he dado mi palabra de caballero de conservarte la vida, y la cumpliré; pero conociendo tus malas intenciones, quiero ponerte en un sitio donde no veas jamás el sol ni la luna. Así estaré libre de tus flechas. Apoderaos de él y atadle. (*Sujetan á Tell*).

STAUFFACHER. Señor, ¿y así tratáis á un hombre á quien protege Dios de un modo tan visible?

GESSLER. Veremos si Dios le libra por segunda vez. Llevalde á una barca, y yo mismo le conduciré á Kussnacht.

EL CURA. No hareis semejante cosa, porque ni el emperador mismo se atrevería á hacerla: eso es contrario á nuestras cartas de franquicia.

GESSLER. ¿Y dónde están esas cartas? ¿Las ha confirmado acaso el emperador? Con vuestra obediencia es como obtendreis ese favor. Sois rebeldes contra la justicia del emperador, y fraguáis proyectos atrevidos de rebelion. Hoy me apodero de ese hombre estre vosotros, pero todos sois tan culpables como él. El que sea cuerdo aprenda á callar y obedecer. (*Gessler se aleja seguido de Bertha, Rudens, Rodolfo y hombres armados. Se quedan Frieshard y Leuthold*).

WALTHER FURST, con un dolor violento. ¡Se marchó! Ese hombre ha resuelto perderme con toda mi familia.

STAUFFACHER, á Tell. ¡Oh! ¿Por qué has avivado la cólera de esa fiera?

TELL. ¿Y acaso es dueño uno de sí, cuando sufre un dolor semejante?

STAUFFACHER. No hay remedio: todos quedamos esclavizados contigo. (*Todos los aldeanos rodean á Tell*). Contigo se nos va nuestra última esperanza.

LEUTHOLD, acercándose. Tell, compadezco tu suerte y sin embargo, tengo que obedecer.

TELL. Adios.

WALTHER, abrazando á Tell con desesperacion. ¡Padre mio! ¡Padre mio querido!

TELL, levantando al cielo sus ojos. Allí está tu padre: invócale con fervor.

STAUFFACHER. Tell, ¿no he de decir nada á tu muger de tu parte?

TELL, abrazando á su hijo con ternura.

El hijo está sano y salvo. Dios me protegerá. (*Se aleja y sigue á la gente del gobernador*).

XIV.

Dejemos la poesía y volvamos á la tradicion; esa otra poesia de la verdad.

Gessler, dueño de Guillermo Tell, pero temeroso de que una insurreccion promovida por el ejemplo de aquel héroe de los aldeanos de Uri, le arrebatase su prisionero, resolvió trasportarle en aquella misma noche á una fortaleza perteneciente al emperador, á Kussnacht, en el pico del monte Rigi. Para ir á Kussnacht era preciso cruzar el lago.

No queriendo Gessler confiar á nadie la custodia del rebelde reservado á un castigo ejemplar, se embarcó en Fluellen, pequeño puerto de pescadores en la orilla occidental del lago de los Cuatro Cantones. Algunos remeros, unos cuantos guardias y un piloto inesperado, componian toda la tripulacion. Guillermo Tell, aherrrojado con cadenas, fué arrojado á sus pies como una vil carga, en el fondo de la barca. Desplegóse la vela, y la navegacion fué feliz hasta llegar á la mitad de la travesía. Allí ya se velaron las estrellas, las olas se encrespaban, un viento, cuyo ruido y peso se asemejaba al del alud, cayó mas bien que sopló del San Gothardo por la embocadura del Reuss, y la vela, cargada de viento, hizo inclinar la barca, y estalló con el ruido del trueno.

En vano se esfuerzan los remeros por acercarse á una ensenada al pié del Rigi, á fin de buscar en ella abrigo: rechazados al medio del lago por las olas alborotadas, pasan de abismo en abismo sin poder encontrar una ruta en aquellos líquidos valles. Fué preciso al fin ceder al huracan que los estuvo empujando de una á otra orilla durante una larga noche.

—Solo hay un hombre en Suiza que pueda salvarnos, exclamaron los remeros.

—¿Quién es? dijo Gessler.

—Guillermo Tell, respondieron los aldeanos de Uri.

—Cortad las cuerdas que le sujetan, repuso el gobernador; su vida responde de la nuestra: confiadle el timon.

Cortaron las cuerdas que sujetaban al hábil piloto, y Tell, dirigiendo el timon, luchó como si domara las olas con la tempestad. Acercóse á la costa de Altorf, cuyas rocas cortadas á pico, se oian resonar á cada embestida de las olas á través de las tinieblas y del humo del lago. Buscaba una ensenada de él solo conocida. Allí se deprimian las rocas formando una escotadura en la costa, y permitian amarar un esquife en tiempo de bonanza. Dirígale el ruido de las olas contra las paredes de la costa.

De repente hizo virar la popa de la barca hácia un monte de espuma que al deshacerse dejó en descubierta un escollo por el que se precipitaba agua corriente, y saltando de un brinco desde la barca á tierra, empujó con el pie la popa hácia las olas. Estas la recogieron, la alejaron, la sumergieron y la elevaron alternativamente como un juguete sobre sus colinas. Antes de que los remeros de Gessler reconocieran á los primeros albos de la mañana, la costa de Altorf y la ensenada de Fluellen, Tell, poniéndose en salvo, habia subido las colinas de Altorf, llamado á la puerta de su casa, abrazado á su muger y á su hijo, y recobrado su ballesta y sus flechas.

XV.

Mientras tanto el gobernador, que desembarcó tambien hácia el mediodía, envió un mensajero á Altorf en busca de sus escuderos, caballos y guardias. Despues que se le reunió su escolta, se internó por un camino sombrío en seguimiento de Guillermo Tell, jurando en alta voz, que si el fugitivo no se entregaba él mismo, cada día que pasara le habia de costar la cabeza de su muger ó de uno de sus hijos.

Un hombre oculto por las hojas de los árboles del bosque, oia aquellas crueles amenazas; silbó una flecha á través de las ramas, y cayó Gessler de su caballo, atravesado el corazon, sin tener tiempo para acabar el juramento que hacia el crimen. Levantáronle cadáver.

Nadie vió al arquero, el cual habia herido como la venganza divina, sin mostrarse de otra manera que por el golpe.

Ora fuese que Tell, aun cuando solo lanzara la flecha para salvar á su muger y á sus hijos, sobre quienes se hallaba suspendida la muerte, se avergonzara de haber herido, mas bien como asesino que como combatiente, ó que no quisiera recoger la gloria de un acto que tenia la apariencia de un crimen, ó que en efecto partiera la flecha de distinta mano que la suya, ello es que jamás se atribuyó el asesinato de Gessler, relegando el crimen ó la gloria al misterio.

Contentose con recobrar su muger y sus hijos, dejando á otros el honor de reconquistar la libertad política de su pais, salvado ó vengado por su flecha, sin haber fomentado por su parte otra rebelion que la rebelion de la naturaleza. Esa rebelion, mas legitima y santa que el hecho, fué la que le constituyó, á pesar suyo, en el héroe de la Suiza. Una muger, Lucrecia, habia libertado á Roma: un padre, Guillermo Tell, libertó á la Helvecia.

XVI.

Ese último atentado de Gessler contra los sentimientos de padre, ese drama de la manza-

na, ese suplicio moral de un padre; ese asesinato execrable del hijo por la mano del que le diera el ser, si esa mano hubiese temblado; esas angustias y esos gritos de horror de todas las madres; por último, esa inmolacion del tirano salvado en un principio por su victima, y herido luego en su impaciencia de nuevos crímenes por una mano invisible, hicieron fermentar instantáneamente la conspiracion fraguada por los conjurados del Grutli, para dar libertad á sus montañas. El aldeano tenia un cómplice en cada aldeano; todos se entendian sin preguntarse, contaban unos con otros sin prestarse otro juramento que el de la mirada, el de la fisonomía, el de estrecharse las manos. El alma de Tell en el momento en que tendia este su arco, vacilando entre la manzana colocada sobre la frente de su hijo y el corazon de Gessler, habia pasado á la Suiza entera.

El 31 de diciembre, los tres gefes de la conjuracion del Grutli levantaron sus banderas y llamaron á sus compatriotas á las armas. La bandera de Uri representaba una cabeza de buey con los pedazos de yugo roto pendientes sobre el cuello; la de Schwyz una cruz, doble simbolo de suplicio y redencion; la de Unterwald dos llaves, imagen de las llaves del apóstol San Pedro, que iban á abrirles las puertas de hierro de su anterior esclavitud.

A media noche Stauffacher, seguido de la juventud de Uri, subió en silencio las escarpas del castillo de Rosberg, una de las fortalezas de Austria. Todo dormía en la mansion fortificada de los tiranos, á escepcion del amor y el patriotismo.

Una muchacha, de la raza de los siervos, que servia á pesar suyo en el castillo del señor, estaba para casarse con uno de los conjurados. Avisada por este del día y la hora, le arrojó en el fondo del precipicio una cuerda llena de nudos, sujeta por un extremo á los hierros de su ventana. Introducido de esa manera el jóven con veinte compañeros suyos en el castillo, sorprendió á la guarnicion alemana dormida, la desarmó y la encerró en la cárcel de la fortaleza. Los vencedores dejaron ondear como estandarte, la bandera de Austria sobre los baluartes, y atraidos al día siguiente por el engaño varios señores que huian de la rebelion de la campiña, fueron detenidos como rehenes de los aldeanos.

Estos, con armas ocultas bajo sus vestidos, se presentaron en Sarnem, cargados de corderos, cabritos, gamos y gallinas, como si llevaran al señor los votos y tributos del primer día de año. El señor que salia hácia la iglesia de Sarnem, les saludó al pasar, y les dijo que esperasen á que volviera. Apenas pasó el rastrillo, lo bajaron los aldeanos, sacaron sus armas ocultas entre sus ofrendas, se apoderaron de la guarnicion, y haciendo resonar desde la torre el cuerno de buey de las montañas, llamaron al pueblo á la libertad.

Durante esas sorpresas y asaltos de los com-

pañeros de Stauffacher, Walter Furst y Guillermo Tell escalaban el castillo de Uri, reputado como inexpugnable, Melchtal y sus héroes se apoderaban de las demás fortalezas. Por la noche, las hogueras encendidas por los vencedores en todos los baluartes conquistados, transmitían de cima en cima y de ola en ola el primer resplandor de la independencia helvética, que ocho siglos no habían de bastar á extinguirlo. Esa fecha se confundía con el nombre de Tell, que había sido, si no el fundador, al menos la ocasión de la libertad de su país.

Felices los hombres cuyos nombres son fechas semejantes, que llegan á designar su pueblo. La posteridad no les pide ya su título á la gloria, sino que los confunde con la grandeza, la virtud, la eternidad de su raza, y los bendice en los últimos descendientes suyos.

XVII.

Así ha sucedido con ese pobre aldeano llamado Guillermo Tell. Su simplicidad guarda admirable analogía con el pueblo sencillo y pastoril, que celebra para siempre su nombre y su aventura en sus tradiciones. Su imagen, la de su muger y de sus hijos, se asocian agradablemente á los paisajes imponentes, rústicos y risueños de la Helvecia, esa Arcadia moderna. Cada vez que el viajero los visita, que aparecen á sus ojos en el firmamento las cimas inaccesibles del monte Blanco, de San Gothardo, del Rigi, como la bandera teñida por la aureo-

la de la libertad; cada vez que el lago de los Cuatro Cantones muestra una barca vacilante sobre la cima azul de sus olas, que la cascada se desmenuza en polvo desde lo alto del Sptugen y se quiebra contra las rocas, como la tiranía contra los pechos libres; cada vez que las ruinas de una fortaleza austriaca oscurece con las cortinas de sus murallas un promontorio de Uri ó de Glaris, y que un rayo de sol puro dora en la pendiente de una aldea el verde terciopelo de una pradera donde pacen los ganados al son de las campanillas y del ranz de las vacas, ve la imaginación en el origen y en el fondo de todas esas escenas, el sombrero colocado sobre la punta del abeto, el arquero condenado á atravesar la manzana sobre la cabeza de su hijo, la manzana que cae atravesada por la flecha, el padre encadenado en la barca demandando por la noche la tempestad y su propia cóltera para salvar á su verdugo, y luego, por último, cuando el verdugo ingrato amenaza á la muger y á los hijos de su libertador, se ve á este ceder al fin á la naturaleza, y herir de muerte al perseguidor.

La sencillez de esta historia se asemeja á un poema: es un idilio en que solo brilla una gota de sangre entre el rocío, sobre una hoja de árbol y sobre una mata de yerba. Parece que la Providencia se complace en dar á cada pueblo libre por fundador de su independencia, un héroe fabuloso ó real, en armonía con los sitios, las costumbres y el carácter de los pueblos: á un pueblo rústico y pastoril como los suizos, un aldeano heroico; á un pueblo altivo y sublevado, un soldado lleno de honradez. Aquí Tell, con su flecha y su manzana; allí Washington, con su espada y sus leyes

BOSSUET.

PRIMERA PARTE.

Año 1627 de J. C.

I.

Si, después de haber estudiado en todos sus detalles la vida, los actos, las obras, las creencias, las faltas, las virtudes, el estilo y la palabra de un hombre tan memorable como Bossuet, queremos reasumir en una sola palabra el carácter general de este hombre, la que se presenta al espíritu para caracterizar á Bossuet es la de *El Sacerdote!*

Para que este aparezca en toda su magestad, en toda su autoridad, en toda la pompa moral de la imaginación, no puede personificarse mas completamente que en *Bossuet*.

Bossuet, para ser él mismo, para desarrollar en toda su estension y en toda su altura las grandes cualidades de alma, de genio, de gobierno y de elocuencia de que le había dotado la naturaleza, no podía ser otra cosa que *sacerdote*.

Este hombre estaba formado para el sacerdocio, para el pontificado, para el altar, para el atrio, para el púlpito, para la ropa talar, para la tierra. Cualquiera otro lugar, función ó traje no cuadraban á aquella naturaleza. La imaginación no podría representarse á Bossuet bajo el traje seglar. Nació pontífice. La naturaleza y la profesión se hallaban tan indisolublemente unidas y confundidas en él que el mismo

pensamiento no puede separarlas. No era un hombre; era un oráculo.

II.

No queremos adular, ni denigrar aquí al sacerdocio. No queremos hablar del sacerdote sino como filósofo ó historiador; la teología es, como la conciencia, del dominio privado de cada comunión. No entraremos en él; pero dejando á un lado la teología del sacerdote, y no considerando aquí mas que la profesión sacerdotal en sus relaciones con el mundo, debemos reconocer las superioridades morales y los privilegios inherentes á esta profesión para el hombre de genio y de virtud que á ella se consagra.

Desde luego se difunde instantáneamente sobre el sacerdote una preocupación de piedad, de fuerza y de virtud. La santidad del santuario le sigue en cierto modo fuera del lugar santo. Esta preocupación no es puramente imaginaria. Conocemos las debilidades, los vicios, las ambiciones, los orgullos y las hipocrestas de estado, envueltas en paño burdo ó en lino; el mismo Evangelio levanta la piedra de los *sepulcros blanqueados* para desacreditar las santas apariencias. Si, el hábito no hace al monge, el vestido no quita las deformidades del cuerpo. Hay vicios en los sacerdocios y estos mismos vicios lo son mas que en otras condiciones, porque juran mas con la santidad de Dios y con la pureza de la moral.

Pero, no concediendo sobre este particular ningún privilegio á los sacerdocios, no es imposible dejar de reconocer que la vocación ejerce influencia sobre la vida, y que la profesión sacerdotal es aquella en que, en número